

PACIENCIA CULTURAL

Wilfredo González, s.j.

INTRODUCCION

La discusión sobre la posmodernidad nos ha servido para replantearnos nuestra situación cultural. La crisis contemporánea en su fondo es una crisis cultural-espiritual. No es solamente cuestión de más producción ni de mejor distribución de bienes o de poder. El problema es que el proyecto tecnológico de la cultura moderna no puede sostenerse.

Las respuestas a esta problemática deben buscarse en el ámbito de la cultura. Y como la cultura es ese modo de habérsela con la realidad, tenemos que ante esta crisis nos estamos planteando nuestro ser mismo como venezolanos, hombres o mujeres, estudiantes o comerciantes, caraqueños o guayanese. Se trata de nuestra realidad cultural.

Hoy como nunca antes es de suma importancia decirnos a nosotros mismos quiénes somos, qué deseamos, qué soñamos, qué amamos, cómo nos imaginamos. La historia de nuestros pueblos nos muestra cómo en no pocas oportunidades se nos ha definido desde la lógica dominante. En esas definiciones podemos ver cómo la reflexión que ha practicado la "inteligencia" latinoamericana ha servido, en unos casos, para decir lo que conviene, y, en otros, para elevar a categorías metafísicas lo que ciertamente es de carácter histórico. Claro que esto no ha determinado absolutamente la historia de nuestros pueblos, pero no cabe duda de su notable influencia en los procesos sociales, económicos y culturales.

Hoy como nunca antes no podemos prescindir de lo que se está discutiendo en otras partes del planeta. Si no nos hiciéramos cargo, por ejemplo, de la

globalización o mundialización de occidente, le estaríamos dando la razón a quienes piensan que hasta ahora hemos vivido en conucos y pequeñas aldeas, y que la obsesión por la novedad cultural que insistimos en llamar América Latina no pasa de ser un empeño de estudiosos resentidos.

Ahora bien, esto nos plantea la tarea de distinguir desde nuestra realidad cultural lo que las categorías pretendidas universales y abstractas de los discursos de moda pretenden presentar de forma homogénea. Es decir, se trata de investigar a fondo cómo salirle al paso al discurso que hablando de heterogeneidad tiende a mostrarse como uno y único. De acuerdo con ese discurso nosotros no seríamos una realidad sustantiva en respectividad con otras realidades sino, a los más, una variante, más o menos considerable, pero variante de lo mismo. De manera que no podemos desentendernos sin más de esta cosmovisión que desde el mismo siglo XVI nos ha venido afectando de diversos modos. Luego, para que nuestra reflexión pueda arrojar pistas y sea auténtica respuesta tiene que cumplir con su *función crítica* respecto de estas cosmovisiones del pasado.

Esta función crítica de los saberes no puede cumplir con su objetivo si no se realiza desde la *situación* que vivimos en Venezuela, que es mucho más que el *lugar*¹ que ocupamos en el contexto de las relaciones internacionales. Sólo desde la diferencia existencial que nos proporciona nuestra situación, las culturas, es decir, nuestros modos de habérsela con la realidad, no sólo evitan la burda imitación de lógicas externas y la demonización de lo distinto, sino que pueden asumir, ojalá que creativamente, las tareas que nos exige el cambio de época que ahora vivimos.

He hablado de culturas porque creo que es en la tensión de las diversas tradiciones culturales entre sí y de ellas con la modernidad donde se debe buscar toda posible respuesta a los problemas que nos plantea “la nueva modernidad”.

Si observamos nuestros procesos culturales nos encontraremos con la grata sorpresa de que nuestras culturas han sido resistentes y creativas. Y si las comparamos con lo que han sido los planes y proyectos de carácter político y económico nos daremos cuenta de que su continuidad contrasta con la fragmentación de éstas.

1. CRISIS Y CONTINUIDAD CULTURAL

La continuidad de la cultura contrasta dramáticamente con la fragmentación política del continente. Tanto el vigor cultural como los fracasos políticos plantean crear modelos de desarrollo que no estén reñidos con la continuidad cultural sino que, basados en ella, le den sentido y posibilidad a la continuidad política.

Ahora bien, la crisis actual tiene que ver con la modernidad. Nuestra actitud ante la modernidad ha sido de anhelo, rechazo y, en cualquier caso, debate. Al lado de la modernidad, haciendo pareja con ella se encuentra la tradición. En nuestras latitudes la crisis conjunta de la modernidad y de las tradiciones, de su combinación histórica, conduce a una problemática (no una etapa) posmoderna, en el sentido de que lo moderno estalla y se mezcla con lo que no lo es, es afirmado y discutido al mismo tiempo.

Somos un continente en búsqueda desesperada de su modernidad. “Pero demasiadas veces, como dice Carlos Fuentes, hemos reaccionado violentamente en contra de esta búsqueda, prefiriendo preservar el lastre de sociedades anacrónicas. Estos lastres son la voluntad del jefe, los intereses de su clan y las recompensas debidas a sus ejércitos de pistoleros y parásitos. Creando un mundo irracional de capricho político y de violencia impune”².

En contra de lo mejor de nuestras tradiciones hemos adoptado las últimas versiones de la modernidad occidental sin tomar en cuenta si nos convenía o no. Entre esas versiones tuvimos a Rousseau, Adam Smith, Comte, Marx, etc. La imitación extralógica o la adopción acrítica de todas estas versiones de la modernidad nos ha hecho tanto daño como los lastres de las sociedades anacrónicas. Sólo hemos superado la imitación y la fatalidad de pueblos condenados a cien años de soledad y de abandono, mediante la crítica de la cultura. Y la crítica ha trascendido las opciones enemigas mediante la continuidad cultural. La literatura es una excelente prueba de ello.

La continuidad cultural de nuestros pueblos contrasta con la fragmentación política y nos propone una cuestión ¿ podemos trasladar a la vida política la fuerza de la vida cultural, y, entre ambas, crear modelos de desarrollo más cónsonos con nuestra experiencia, con nuestro ser, con nuestra proyección probable en el mundo por-venir?.

2. NUESTRA ACTITUD ANTE EL PASADO

Para responder a estas preguntas debemos fijarnos en el pasado. El pasado nos traza una ruta, una vía de acceso a las cosas, un *méthodos*. La cuestión del pasado es central. No podemos entender nuestra historia si no entendemos la importancia del pasado. Nuestro nacimiento como unidad se debió a la dominación de las coronas de España y Portugal. Nuestras culturas han sido y son realidades que resisten con inmensa vitalidad a los accidentes de la historia y el tiempo. Justo aquí aparece el problema de la modernidad. Nuestro pasado negro, indio y español aún está vivo. Pero la modernidad que tanto anhelamos no nació de ese pasado, sino frente e incluso en contra de ese pasado. Nuestra modernidad vino de fuera y comenzó como una lucha. Los vencedores de esa lucha se sintieron con derecho a dominar a los de dentro y apurados en alcanzar a los de afuera.

Lo que ha ocurrido es que desde la emancipación, nuestra dependencia quedó atada fundamentalmente a un espejismo: Los grupos intelectuales que participaron en la emancipación adoptaron las ideas del liberalismo frances, inglés y norteamericano y se propusieron establecer en nuestras tierras repúblicas democráticas. Ahora bien, esas ideas democráticas no habían sido pensadas para la compleja realidad cultural de nuestros pueblos. Ahí comenzó el reinado de la inautenticidad y la mentira: fachadas democráticas modernas y, tras ellas, realidades arcaicas. “La historia se volvió un baile de máscaras”.

Los estados nacionales fueron un desastre. Tuvimos la posibilidad de crear una comunidad de naciones hispánicas, hecha por partes iguales de unidad, de autonomías y de identificaciones culturales. Pero lo que hicimos fue un país de constituciones, un país legal que ocultaba la injusticia y la miseria del país real. Así quedó todo listo para la dictadura. Para el Gendarme necesario.

Desde entonces la prosperidad de la América Latina quedó condicionada por la prosperidad de las clases altas que se hicieron con todos los méritos del pasado (de la guerra de la emancipación). Ellos se convirtieron en ganadores frente al resto de la gente que siguieron siendo perdedores y sometidos. Por desgracia los criollos y acriollados han sido ágiles en copiar los modos de consumo occidentales y despreciar la propia creación, pero muy morosas en adaptarse a los modos de producción europeos y norteamericanos.

Pero no todo está perdido. Entre los distintos proyectos históricos siempre

hemos encontrado la obra poética, la novela, la pintura, etc. Y aunque se han dado pugnas y contradicciones el proceso ha sido fecundo. Nada del pasado se ha mantenido sin que una nueva creación, al contradecirlo, lo salvara.

3. LAS DIFERENCIAS ESTAN VIVAS

Pero toda nuestra complejidad cultural, ese cruce de tiempos y tradiciones no desapareció con las repúblicas ni la naciente geografía política. Sus diversos modos de responder a las imposiciones internas y externas siguen vivas y nos permitieron entender, y hoy nos lo recuerdan ante la “nueva modernidad”, que es imposible integrar completamente al ser humano en un proyecto racional como lo pretendió la modernidad occidental. Y más aún cuando la modernización se presenta como algo exterior que me exige cambiar o desaparecer.

Hoy tenemos que evitar la superposición de una ideología universal, la de la “nueva modernidad”, sobre nuestra complejidad cultural. Si esa ideología se impone cambiarían nuestros viejos teléfonos por prácticos y portátiles celulares, las oficinas se llenarán de las últimas versiones de procesadores de palabras y los mensajes nos llegarán por correo electrónico. Pero persistirá la ineficiencia en los servicios públicos, la arrogancia y el desprecio del “otro” bajo el procedimiento sutil de investirlo de atrasado e ignorante, perdedor y sometido, bárbaro y supersticioso, “indio y negro”, “tierrúo y mono”.

Seguiremos con una legislación tan densa e intrincada como inútil a la hora de impartir justicia. Ningún software cambiará la jactancia de políticos y legisladores en capacidad de diálogo y de negociación. En todo caso tendremos una muy mínima minoría que buscará en otros lugares lo que no ha querido crear aquí.

Los cambios políticos y sociales sólo son fecundos si corresponden o responden a los cambios en la cultura de una sociedad. Los cambios culturales son tan necesarios y decisivos como los cambios en el orden material, económico y político. Es necesario que cultivemos la paciencia cultural que hemos despreciado en el pasado obnubilados por fáciles y rápidos progresos.

La paciencia histórica se nutre de la paciencia cultural. Pero paciencia no significa esperar que las cosas ocurran por una suerte de irrupción de una

energía desconocida ni tampoco obediencia sumisa al pragmatismo titánico que concibe todo cambio en base a planes racionalmente concebidos. Paciencia histórica significa esperar que la semilla que hemos sembrado y que regamos pacientemente germine, crezca y se convierta en árbol que dé frutos. Es decir, frente a la impaciencia de quienes conciben estos tiempos como una última oportunidad necesitamos de la paciencia cultural que nos invita a mirar hacia esas múltiples formas de habérselas con las cosas que se encuentran aquí y ahora.

4. LA NUEVA MODERNIDAD

Ahora bien, nos sentimos perplejos ante la “nueva modernidad” que se nos quiere imponer y que se manifiesta del siguiente modo:

a) En lo político y económico como interdependencia económica, comunicaciones instantáneas y avances tecnológicos. Somos testigos al final del siglo XX de un fenómeno doble: el carácter cada vez más internacional de la economía (más que de la aldea global se trata del mercado global) y, al mismo tiempo, el renacimiento de los nacionalismos. Ante este gran cambio la América Latina posee una ventaja inmensa: gracias a nuestro común origen tenemos menos peligro de recaer en nacionalismos y regionalismos. Si la unidad de América Latina aún no se ha producido es porque sus líderes y gobernantes así lo han querido. Nuestro desmembramiento no comenzó por el pueblo sino por sus dirigentes. Las Repúblicas latinoamericanas, como sabemos, fueron creadas después de la independencia, y no antes. Por tanto ante la inevitable fragmentación a la que parecen encaminadas las construcciones geopolíticas europeas nosotros debemos insistir en preservar nuestro fondo común histórico, cultural y lingüístico. Porque nuestra complejidad cultural es una de nuestras más grandes defensas ante el mundo siniestro que se nos avecina si triunfan los nacionalismos.

De ahí que insistamos una vez más que lo mejor que hemos hecho los latinoamericanos no se encuentra en el ámbito de la política y de la economía sino en el de la literatura y de las artes. Y que tenemos que alcanzar en la esfera de la ciencia y la tecnología la excelencia que hemos realizado en la pintura y el poema, en el teatro y en el cine, en la música y en el baile. Tenemos que traducir en términos políticos y sociales nuestra complejidad cultu-

ral. Una complejidad tejida por una rica diversidad.

b) En lo histórico la nueva modernidad se nos presenta como mundialización de occidente. La historia ha sido el blanco de ataque de la guerra desatada por los críticos de la modernidad. De ella se ha dicho que ha llegado a su fin. No hay una historia que progresa hacia la plenitud. La historia como centro alrededor del cual se reúnen y ordenan los acontecimientos ha muerto. Por tanto, “no existe una historia única, existen imágenes del pasado, propuestas desde diversos puntos de vista, y es ilusorio pensar que exista un punto de vista supremo, comprensivo capaz de unificar todos los demás”. Esta concepción de la historia tenía como centro ordenador y guía a la civilización occidental y cristiana. Por tanto el progreso del hombre era el del hombre moderno europeo.

Pero que haya muerto la idea o la concepción de la historia como ordenadora de las vicisitudes del hombre no significa que haya muerto la historia en cuanto dimensión de la realidad que afecta la situación del ser humano. Contra los posmodernos de esta tendencia habría que decir que la historia no es vicisitud, así como el pasado no es simplemente “lo que ya pasó”.

La historia es la entrega de posibilidades para vivir en la realidad. Esas posibilidades no están “dadas” de manera fatal sino “ofrecidas” en una situación concreta. Es nuestra responsabilidad optar por unas o por otras. De ahí que no sea suficiente con la explicación de los hechos sino que también tengamos que dar razón de nuestras elecciones. Aquí el ineludible campo de la ética.

Y el pasado, no es lo que “ya pasó, sino lo que pervive en el presente, ya no como realidad, sino como posibilidad de descubrir nuevas capacidades que vayan haciendo posible la vida.

Pero en la historia no sólo se producen actos. En la historia se producen anteriormente posibilidades que condicionan su realidad. De aquí la enorme proximidad de la historia al acto creador. La historia es lo más opuesto a un mero desarrollo. En el primer hombre estaban dadas todas las potencias humanas, pero no lo estaban todas las posibilidades de la historia de la humanidad. Por eso, la estructura del espíritu, como productor de historia, no es explicación de lo que estaba implicado, sino una “cuasi-creación”³.

Creación, porque afecta a la raíz misma de la realidad de sus actos que son sus propias posibilidades. Cuasi-creación porque no se trata de una rigurosa creación desde la nada. Lo propiamente histórico de la historia es este radical y originario producir la realidad, produciendo previamente su propia posibilidad. La historia es “hacer un poder”.

“Creadores de otra Historia estamos inmersos en esta historia”. La verdadera historia es siempre el resultado de una experiencia y no de una ideología previa a los hechos. La ideología exige coincidencia entre sus postulados y los hechos. Pero como tal coincidencia no existe nunca, entonces los ideólogos denuncian y descalifican a los hechos y a las obras que se le oponen como visión única.

Hay quienes están empeñados en mirar sólo hacia el futuro. Para ellos ese futuro es occidente. Pero también hay quienes quieren mirar tanto hacia adelante como hacia atrás para darle sentido al único lugar que verdaderamente es nuestro: el aquí y el ahora según nuestras posibilidades.

c) En lo socio-cultural la “nueva modernidad” se presenta como absolutización de lo que se ve. Los Medios son el mayor reto en el ámbito de la cultura de masas. Porque los medios nos ponen a la vista el mundo que antes teníamos al oído. Los Medios se nos presentan como el principio y el fin. Allí se instaura una nueva ceremonialidad. Esta ceremonialidad consiste en un ensimismamiento en el cuerpo, un código íntimo, y una relación semihipnótica y pasiva con la pantalla. Lo máximo es el éxtasis inmóvil. Es la ritualización sin mito. Los Medios relatan de todo y nada.

La presencia de los Medios en nuestra cultura es ambigua. La TV, el cine y los video-clips, son el relato del mundo a través de imágenes. El color, el ritmo, el cuerpo, el espacio, el tiempo, los “otros” en un aparato electrónico que nos habla y nos da que hablar, nos acompaña y nos interpreta, nos informa y nos oculta, nos aburre y nos entusiasma. Los medios llenan los instantes de la vida que se han quedado desarticulados con el cambio que significó su misma aparición.

Las comunicaciones instantáneas son una cárcel de espejos y de ecos. Desde el amanecer hasta el anochecer las mismas imágenes nos encierran en las cuatro paredes de ese confortable calabozo que son los medios. Entonces aparece el conflicto. Por un lado, los medios llenan un espacio en nuestra vida

cotidiana. Y, por otro lado, los seguimos como borregos al mismo tiempo que actuamos como fieras en un ambiente cada vez más hostil. Somos portavoces de la libertad de expresión y padecemos la uniformidad de las conciencias, los gustos y las ideas. Entonces ¿cómo conservar la libertad de expresión y cómo impedir que esa libertad se convierta en instrumento de domesticación intelectual, moral y política?

Esta “nueva modernidad” que se nos quiere imponer a través de los Medios como todas las anteriores, ¿también nos rebasará? ¿Estamos obligados a bailar al son que nos toquen los medios? ¿No podemos bailar a nuestro ritmo? Que dicho sea de paso ritmo tenemos bastante.

Ya existen respuestas alternativas. En distintos lugares del país hay grupos que se han encargado de esta realidad. Ellos también forman parte de esa variedad de formas de habérselas con la realidad que tejen la tupida red de nuestra cultura. Pero son alternativas tanto de los que condenan a los medios como simples instrumentos al servicio de intereses hegemónicos como de quienes nunca han percibido en los medios más que una forma de progreso. Frente a las comunicaciones instantáneas e impersonales ha surgido una comunicación alternativa. Esa comunicación alternativa va desde las televisoras locales hasta los periódicos populares. De nosotros depende su éxito o su fracaso.

d) En lo religioso la nueva modernidad se nos presenta haciéndonos múltiples ofertas. Mientras que la propuesta cristiana de la liberación se ve más exigida por la complejidad de la situación, las sectas, las cofradías de culto al cuerpo, los predicadores de viajes al fondo de sí mismo, los “curiosos” y videntes ganan terreno en el pueblo cada vez más necesitado de orientación.

Nuestra religiosidad popular es fundamental en el diálogo con la “nueva modernidad”. Si en algo se expresa la complejidad cultural de la que venimos hablando es aquí. La casa que no hemos sabido administrar se sostiene en base a esta profunda hibridación de mitos, ritos y símbolos que nunca se ha cerrado al diálogo. Allí se cultivan al mismo tiempo los deseos de superación y la paciencia, el propio esfuerzo y la espera humilde de quien sabe que hay cosas que escapan a su voluntad.

Prueba de la riqueza y densidad de sentido de la religiosidad es la enorme variedad de expresiones artísticas que se encuentran en cualquier parte del

país; no sólo en las iglesias sino en los museos y exposiciones de carácter internacional.

Esta religiosidad reclama un nuevo interlocutor más vivencial y menos idealista. Un interlocutor que se sumerja en ella y la transforme transformándose. El modo de acercarse a esta religiosidad en este tiempo es una auténtica Espiritualidad. Una Espiritualidad que frente a la inevitabilidad con que se presenta la “nueva modernidad”, nos ayude a vivir ante todo con libertad; sabiendo distinguir lo relativo de lo absoluto.

El Espíritu es el Señor y dador de vida. Pero ese Espíritu también es libre, sopla cuando quiere y donde quiere y, por tanto, exige que estemos atentos en constante discernimiento. Esta atención, esta espera es la que hace que nuestra paciencia cultural e histórica sea sólida y resistente, esperanza contra toda esperanza. Libre de todo entusiasmo y optimismo, de todo escepticismo y resignación.

El cambio de época que estamos experimentando exige que hagamos la prueba de dejarnos guiar por este Espíritu. Y esa prueba es tanto más urgente cuanto anhelamos vivir en paz y libertad. La experiencia espiritual de la que hablo sólo la aprendemos probando. Esa prueba como el amor nadie la puede hacer por mi y no está exenta de dolor; si es espiritual no la podemos tener por el simple hecho de fiarnos de palabras autorizadas. Sin pretender dar recetas quiero compartir con ustedes unas propuestas que nos pueden ayudar a asumir el momento histórico que nos toca vivir.

1.- Ante el culto a lo subjetivo, “salir”. Afirmar que el yo no es el absoluto, sino un ser en referencia a otros. Para poder ser plenamente, el hombre debe salir de sí, abnegarse. Salir al encuentro amoroso con el “otro” es vivir una derrota que se convierte en victoria, una entrega que se convierte en abundancia, un salir de sí mismo que se convierte en encuentro con lo más profundo de uno mismo, en definitiva, una muerte que se convierte en vida.

2.- Ante lo afectivo, el “afectarse”. El afecto se concreta en la vida cotidiana. En la cultura, no sólo en los eventos culturales. Por tanto, el afecto debe concretarse en el estudio, en el callar, cocinar, celebrar. Para en todo amar y festejar.

3.- Ante el activismo y la superficialidad, “el examinar lo que más conviene”. Se trata de la delicada labor de construir el mundo interior. Por tanto,

toda actividad debe ser evaluada y discernida.

4.- Gustar y sentir lo que hacemos “hasta que me satisfaga sin tener ansias de pasar adelante”. Cuidar y poner todos los medios externos que ayuden a la interiorización. La soledad acompañada, el silencio sonoro.

5.- Caer en la cuenta de que el aprendizaje de la interiorización de nuestras experiencias no siempre es lineal y progresivo. En este proceso de interiorización son muy importantes los sentidos y nuestras necesidades.

6.- Frente a una cultura de la fragilidad, “light”, la pedagogía del “resistir”. Ser conscientes del mal que nos afecta personal y colectivamente. “Desengañarse, desilusionarse y desencantarse” son pasos necesarios para hacernos resistentes.

7.- Aceptar que lo mejor que tenemos lo hemos recibido. Somos herederos de una enorme Tradición. La mayor gracia será re-conocer que nos ha sido dado el Espíritu. Un Espíritu que nos hará descubrir el valor de la desolación, el dolor, el pecado, la cruz y la muerte.

8.- Ante el miedo de vivir la entrega, fe en la ternura, la misericordia, la escucha, la tolerancia con el débil y el que sufre. Tener presentes al extranjero, al huérfano y a la viuda. En definitiva afectamos con el pobre.

4. EL RETO ES CRECIMIENTO CON JUSTICIA

Para enfrentar el reto que nos plantea la “nueva modernidad” es necesario articular dos elementos fundamentales:

- a) Que le hagamos justicia a la economía. Se trata de asegurar un nivel de vida digno para las grandes mayorías. Ningún modelo político es viable si la gente no está bien alimentada, bien vestida y bien educada. Y esto sólo se obtiene mediante políticas de justicia social que acompañen cada paso del desarrollo económico. Necesitamos políticas que hagan razonable la economía. Para que lo que es técnicamente racional no sea humanamente insensato.
- b) Reconocer la complejidad cultural. Somos multirraciales y pluriculturales. En esta complejidad cultural están presentes los más variados proyectos y tradiciones. No necesitamos volvernos hacia el

Norte para buscar los recursos que tenemos aquí. Nuestro proyecto cultural tiene que ser distinto al de ellos. No por simple oposición sino porque así lo posibilitan nuestras tradiciones. En nosotros está tanto la tradición de las culturas precolombinas y negras como las distintas variantes de las tradiciones europeas. Como diría Briceño Guerrero “nada nos es extraño”.

Las tradiciones, por ejemplo, del humanismo secular comprometido con el debate de la modernidad democrática son nuestras: las garantías individuales, equilibrio y renovación de poderes, tienen que combinarse con otras antiguas herencias como lo son las tradiciones comunitarias del mundo rural prehispánico, la tradición escolástica que orienta lo político a la consecución del bien común. Y las tradiciones de la democracia medieval española: la independencia judicial, las libertades municipales y las asambleas populares en pugna con la tradición secularmente autoritaria.

Nuestra democracia nacerá producto del conflicto entre estas tradiciones, no de su omisión en aras de un proyecto de proposiciones claras y distintas. Claro que tendrá que luchar contra las tradiciones autocráticas tanto indígenas como españolas. Pero esas son nuestras tradiciones.

Iglesia, ejército y estado español. Expulsamos el estado español y nos quedamos con la iglesia y el ejército. La sociedad civil es nuestra más reciente realidad. Por tanto, débil ante los estados nacionales, sometida por el ejército y desatendida por la iglesia. El resultado es la anarquía, anomia, incertidumbre y la violencia impune.

El tiempo de los milagros despreció la continuidad cultural. Porque la continuidad cultural exige conjugar la memoria con el deseo - el pasado con el futuro- en el presente. La impaciencia progresista resultó ser un capítulo más de rupturas políticas y económicas de L.A. De ahí la necesidad de tener paciencia cultural. Esta nos plantea que la imaginación del pasado era inseparable de la imaginación del futuro; un porvenir imperfecto, quizás, pero viable, para L.A

Vivimos hoy. Mañana tendremos una imagen de lo que fue el presente. No podemos ignorar esto, como no podemos ignorar que el pasado fue vivido, que el origen del pasado es el presente.

Recordamos aquí, hoy. Pero también imaginamos aquí, hoy. Y no podemos separar lo que somos capaces de imaginar de lo que somos capaces de recordar.

Tenemos que hacer presentes los tiempos personales e históricos de los latinoamericanos. Se trata de un proceso histórico de apropiación de la nueva realidad que se nos ofrece. Nada hay que sea absolutamente transparente y dócil a la inteligencia humana. El hombre “choca” con las cosas y se siente extraño y extrañado: rebota de ellas ante sí mismo. La resistencia de las cosas fuerzan al hombre a entenderse a sí mismo, a darse cuenta de “dónde está”. La realidad se nos resiste mostrándonos el alcance de nuestros conceptos para enfrentarnos a ella. Todo proceso auténticamente histórico lleva su tiempo. De ahí la necesidad de ser paciente.

NOTAS

1. “La categoría del situs, que no desempeñó, ningún papel en la Filosofía de Aristóteles, muestra su portentosa originalidad e importancia en el tema de la vida. Colocación y situación, locus y situs, tomados en toda su amplitud y no sólo en su sentido espacial, son los dos conceptos radicales en este punto. El situs se funda en el locus; no hay situación sin colocación. Pero no se identifican; una misma colocación puede dar lugar a situaciones muy diversas” Cfr., ZUBIRI Xavier, *Cinco lecciones de filosofía*, Madrid, Ed. Sep., 1970.
2. FUENTES, Carlos, *Valiente Mundo Nuevo, Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, FCE, México, 1990, p. 10.
3. Cfr., ZUBIRI Xavier, *Naturaleza, historia, Dios*, Ed. Nacional, Madrid, 1981, p. 330.